

La piel y el lenguaje de la fecundidad

Texto: Javier González de Durana

La piel es el límite exterior de los cuerpos. Tras ella se encuentra el individuo singular, su realidad física como organismo vivo y la mente que le ordena cómo actuar. La piel, por tanto, encierra la materia y el espíritu; ella es la envoltura superficial de un complejo activo más importante, pero que, al permanecer oculto, se nos presenta enigmático, confuso y, en parte, impenetrable. El *otro*, ese desconocido que habita a nuestro lado, siempre está detrás de una piel y, aparte de sus realizaciones, esa superficie es todo lo que vemos de su existencia real. La inteligencia que le dirige nos puede resultar un enigma tras años de convivencia, pero siempre re-conocemos la piel que en su nombre se nos muestra, aunque no pocas veces lo haga con una apariencia que contradice sus actos. Esa membrana cutánea esconde un ser latente, pero también, sobre todo, lo protege. La piel es una frontera ambigua, pero firme y sólida como un muro, en donde se habla un lenguaje de señales cuya comprensibilidad y sentido nunca es recibido con certeza.

Por eso, atravesar la piel del otro e introducirse en su cuerpo es un acto específico de posesión sexual, pero también, simbólicamente y por extensión, lo es de dominio vital. Atravesar la piel de un ser vivo, abriendo una brecha por donde escape la sangre, puede conducir a peste a la pérdida de su fuerza primero y de su vida después. Por el contrario, abrir el cuerpo de otro para introducir un fluido seminal puede fertilizar y generar vida. Sangre y semen son líquidos producidos por el cuerpo que, dependiendo de cómo fluyan en relación con la piel, pueden generar vida o quitarla.

Las obras de Mabi Revuelta están muy sutilmente relacionadas con la piel. En primera instancia, es obvio que algunas se construyen con plumas (de avestruz) y lanas (de mohair), y que en otras utiliza un tipo de papel apergaminado para dibujar obstinadamente sobre él larguísimos filamentos enroscados que dan la impresión de piel humana recubierta en parte por vello. En una segunda lectura más honda, sin embargo, los trabajos de Revuelta muestran fuertes vínculos con las ideas de sacrificio y fecundidad, las cuales, a su vez, están estrechamente ligadas a la función de la piel y sus usos.

En los ritos de prosperidad y fecundidad se pretende que la lluvia insemine la tierra, que el cielo-masculino contraiga un matrimonio místico con la tierra-femenina. La llamada para el establecimiento de esa unión que activa la fertilidad se hace en el lenguaje de los tambores, que son pieles tensadas. La piel es la mediadora entre las partes, el instrumento que habla el idioma de ambos, lo que conecta el cielo y la tierra. Anterior a las campanas, la comunicación de los hombres con las fuerzas sobrenaturales se establecía por medio de pieles tendidas sobre tambores sagrados, que atronaban el aire con los ritmos del lenguaje tribal. La llamada a la fertilidad, en paralelo, debía estar acompañada por un sacrificio, que por lo común era la decapitación, la desollación y el escalpamiento. En los sacrificios de animales (bueyes), el objeto era la cabeza y la piel. En el caso de los hombres, la circuncisión ha permanecido como el despellejamiento parcial que convierte al muchacho (infértil) en hombre (fértil). La ofrenda de una piel sirve para recobrar la salud, esto es, para huir de la muerte. Cambiar de piel o quitar la piel, al son de ritmos equívocos, es un acto ablativo para la regeneración o recuperación de las fuerzas vitales. Gracias a que cada año la serpiente cambia de piel damos por cierto que este animal es inmortal, meta imposible anhelada por el hombre y supuesta por éste para otros seres vivos. Una gran piel negra elaborada con plumas se expande como un fluido informe por los bordes y se precipita en remolino hacia el interior de un agujero incrustado en una forma de

bañera, lugar utilizado para limpiar la epidermis de los cuerpos humanos. Lo incierto del sumidero, la densidad de la mancha, el desigual avance de los límites, el contrapunto metálico de las manillas. hablan en el lenguaje tenebroso de los recónditos jugos y plasmas humanos. Por los desagües escapan nuestros flujos más sombríos e intentamos que un lavado de piel sea equivalente a un cambio dérmico que conlleve una muda esencial y, así, poder ser otros distintos, metamorfosearnos en quienes no somos, pero -oscuro anhelo- quisiéramos llegar a ser. La cabellera de Medusa era, precisamente, un racimo de reptiles y un rizo, por tanto, una serpiente, el animal que renueva su piel. Su mirada petrificante equivale al orificio higiénico que atrapa nuestra mirada y la dirige hacia las profundidades.

La leche constituye el alimento nutriente esencial. El semen es la leche fertilizante y los testículos, su órgano reproductor, la parte amputada a los toros para que su piel se transforme en ofrenda sacrificial. En el aire flotan dos gotas de leche, metáforas de órganos genitales masculinos que, al estar huecos, son sólo la piel de unos órganos ya infecundos, pero que, sin embargo, equivalen a tambores que hablan el lenguaje de la fertilidad cielo-tierra. ¿Es posible la reproducción sin la fecundación? Antes de Eva ¿era Adán hermafrodita? Lilita regresa. Un Frankenstein clonador pide paso de nuevo. ¿Bajo qué forma es posible la supervivencia? Rojo y negro, sangre y piel, masculino y femenino. Esta piel procura la prosperidad y los bienes terrestres porque, como en el rito de la circuncisión, sacar algo o a alguien de su piel es ofrecer un sacrificio esencial.

La piel y el lenguaje de la fecundidad. Javier González de Durana. Catálogo de la exposición *La torre herida por el rayo. Lo imposible como meta.* Museo Guggenheim de Bilbao, 2000